



PRISMA

| Fluidez y Comprensión Lectora

Textos liberados

1º año de la Educación Secundaria
Modalidad Jóvenes y Adultos



El duende y el peluquero

Dicen que en un pueblo serrano vivía un peluquero con poca suerte. Cansado de las penurias, una mañana salió a buscar un nuevo destino. Puso en una bolsa sus herramientas de trabajo: la tijera, el peine y un gran espejo ovalado. Caminó todo el día hasta que oscureció y decidió descansar bajo un gran roble.

Encendió un fuego, tomó mate, comió pan con queso y se fue quedando dormido. De pronto, un duende diminuto y gruñón lo despertó:

—¿Cómo se atreve a usar mi árbol?

El peluquero se corrió al pasto, pero el duende volvió a quejarse:

—¡Ese es mi pasto!

El peluquero intentó sentarse en la tierra.

—¡Tampoco! ¡Es mi tierra! —gritó el duende.

—¿Y qué querés, que vuele?

—¡En mi aire tampoco!

Harto, el peluquero le dijo:

—Te voy a meter en mi bolsa de duendes.

Abrió su bolsa y mostró el espejo ovalado. El duende, curioso, cuando vio su reflejo, creyó que había más duendes y se escondió detrás del roble.

—¡No me encierres! Pedime lo que quieras.

El peluquero pidió un galpón lleno de trigo y un gallinero con patos y gallinas.

Al otro día, al mirar por la ventana, allí estaban: el galpón y el gallinero. El duende volvió al monte, avergonzado, y le contó todo a su tío, quien no le creyó. Fueron juntos a espiar al peluquero, pero este los vio y los asustó otra vez con el espejo. Los duendes huyeron espantados.

—¡Esperame, tío!

—¡Ni loco! ¡A ver si me meten en esa bolsa también!

Boris

La diferencia entre un oso polar feliz y un oso polar infeliz radica en el color. Los osos polares felices son blancos y los otros amarillos.

En Córdoba tuvimos un oso polar amarillo, se llamaba Boris, vivía en el jardín zoológico y se pasaba la vida empujando la puerta de la jaula. A cabezazos. Quería derribarla porque creía que detrás comenzaba el Polo Norte.

Boris tenía una peculiaridad, se volvía loco por la Pritty. Tanto le gustaba que acabaron construyendo un quiosco a pocos metros de la jaula. La gente compraba las botellas y él las vaciaba a través de los barrotes igual que un biberón.

Una noche, tras un cabezazo espectacular, Boris recuperó la libertad. A la mañana siguiente llamaron al diario, a la policía y a los bomberos. Boris andaba paseando por ahí, caminando detrás de las mariposas, y las fuerzas vivas no sabían qué partido tomar: si enlazarlo como a un búfalo de rodeo o dispararle entre las cejas una cápsula de gas paralizante.

Finalmente, la señora del quiosco fue la que asumió la iniciativa. Abrió la heladera, sacó una botella y avanzó decididamente hasta ponérsela delante de la nariz, como si Boris fuese un burro y la Pritty una zanahoria.

Boris levantó sus enormes ojos de niño y comenzó a caminar detrás de la botella, del brazo y de la señora.

Así fue como regresó a su cautiverio y, siempre en nombre de la libertad, a los cinco minutos ya estaba otra vez –¡pum, pum!– meta darle cabezazos.

Daniel Salzano